

Al són de mis cantares,
 Coronas á millares
 Tejeré al vencedor. ¡Mano enemiga
 De adverso Numen ¡ay! no me persiga!

Si lejos de la guerra, consagrado
 De las amenas Musas al cultivo,
 En mi risueño hogar tranquilo vivo,
 Así lo quiso el Hado.
 Morir debemos todos;
 Mas de diversos modos
 Al sepulcro cada uno se encamina;
 Ni cuál será su término, adivina.

Quien quiere más allá de su horizonte
 Llegar, ve que son débiles sus alas
 Para llegar á las etéreas salas.
 Así á Belerofonte
 Que penetrar desea
 De Jove en la asamblea,
 Y en su corcel subir al alto cielo,
 El alado Pegaso arroja al suelo.

Del vedado placer tras la dulzura
 Amarguísimo fin al hombre espera.
 ¡Oh tú, Señor de la áurea cabellera,
 Que de la edad futura
 Predices los arcanos!
 Abre, Apolo, tus manos,
 Y al que hoy celebros, da nueva corona
 En tus sagrados juegos de Pitona.

ODA OCTAVA.

Á CLEANDRO DE EGINA.

Alguno de vosotros
 ¡Oh jóvenes poetas!
 Vaya de Telesarco
 A las doradas puertas,

Y de Cleandro su hijo
 Las ínclitas proezas,
 Celebre, consumadas
 En juventud tan tierna.

Los cánticos triunfales
 Organice, y la fiesta,
 A sus trabajos arduos
 Debida recompensa;

Y cante su victoria
En la Istmica palestra,
Y en los sagrados juegos
De la umbrosa Nemea.

Yo también, aunque mi alma
Cubre mortal tristeza,
A la áurea musa pido
Su inspiración excelsa.

Y ya que libre y salva
Se ve la patria nuestra,
De los grandes desastres
De la pasada guerra,

De cantos y coronas
No es justo que carezca,
Ni que la faz bañemos
Con lágrimas eternas.

Dejemos llanto inútil,
Y dulce cantilena
Después de tantos males
Nuestros oídos hiera,

Pues benéfico Numen
Ya de nuestra cabeza,
De Tántalo ha alejado
La aterradora piedra.

¡Ay! Sepultado habría
La enorme roca á Grecia;
Que á repeler no bastan
Su mole, humanas fuerzas.

Al huir los temores,
Huyó también mi pena:
Gocemos de los bienes
Tal como se presentan.

El insidioso tiempo
Con vorágine incierta,
Revuelve de la vida
Las aguas turbulentas;

Pero remedio fácil
A todas sus dolencias
Halla el hombre, si sólo
La libertad le queda.

Tiempo es que la esperanza
Nos llene lisonjera:
Es justo que yo en tanto,
Como educado en Tebas

(¿Quién elogiar no ha oído
Sus siete ilustres puertas?)
Las flores de las Gracias
Dócil á Egina ofrezca.

El mismo padre Asopo
Las engendró gemelas,
Y agradaron á Jove
Las dos hermanas bellas.

De la ciudad que baña
La pura agua Dircea,
(Célebre por sus carros)
El cetro donó á Teba.

A tí, Egina, de la isla
De Enopia te hizo reina,
Y allí la esposa fuiste
Del que en Olimpo impera.

Y ofreciste al Tonante
Un hijo, cuya ciencia
No han igualado cuantos
Habitan en la tierra.

Éaco fué, el divino,
Que hasta en las diferencias
De los Númenes, supo
Juzgar con vara recta.

Sus hijos semidioses
De majestad excelsa;
Sus nietos fueron héroes
Terribles en la guerra:

Y si en la lid brillaba
Como rayo su diestra,
Lucía en el consejo
Su altísima prudencia.

De los Númenes, todo
Recordó la asamblea,
De Tetis por la mano
En la viva contienda.

Codiciaban Neptuno
Y Jove su belleza,
Ambos de amor heridos
Por la gentil Nereida;

Mas de los Inmortales
La sabia providencia
Llevar no quiso á término
La suspirada empresa.

Consultan el oráculo,
Y su veraz respuesta,
La fatídica Temis
Así al Senado lleva:

«El hijo á quien dé vida
La marina doncella,
Del padre que lo engendre
Superará la fuerza.

»Si Jove, opondrá al rayo
Rayo de más potencia;
Si Neptuno, un tridente
Que su Tridente venza:

»Tal (dice) de los Hados
La voluntad decreta.
Vuestra amorosa lucha
Fin ¡oh Númenes! tenga.

»Dejadla que se enlace
Con un mortal, y vea
Al hijo de su vientre
Morir en lid horrenda,

»Aunque iguale su brazo
A Marte en fortaleza,
Y aunque su pie veloce
Relámpago parezca.

»Yo opino que al Eácida
Peleo, se conceda
La ninfa en matrimonio,
De gratitud en prenda,

»Porque es el más piadoso
Varón (la fama cuenta)
De cuantos asaltaron
De Jolcos las trincheras.

»De Quirón al instante
A la inmortal caverna,
Rápido mensajero
Corra á anunciar la nueva.

»De Nereo la hija
A ser causa no vuelva
De que la paz perturben
Disensiones acerbas;

»Y luego que en el cielo
Brille la luna llena,
Rómpase de su intacta
Virginidad la rienda.»

Así á los dos Saturnios
La Diosa habló severa,
Y aprobación mostraron
Con sus divinas cejas.

Del vaticinio el fruto
Germinó con presteza;
Que apresuró las bodas
Peleo, según cuentan.

De Aquiles, tierno vástago
De aquella unión, doquiera
Pregonó las hazañas
La voz de los poetas.

Él del vencido Télefo
Hizo la sangre negra
Correr entre las vides
De la Misia pradera.

A su robusto brazo
(Igual á puente férrea
Sobre la mar) debieron
Los Atridas su vuelta.

Él devolvió glorioso
La libertad á Helena,
Derribando su lanza
Las columnas soberbias

Que del Troyano campo
En las lides sangrientas,
A su marcha oponían
Impasable barrera:

A Memnón orgulloso,
A Héctor, rayo de guerra,
Y á mil otros caudillos
De indómita fiereza,

Que á la morada oscura
Do Proserpina reina,
Mandó de los Eácidas
El Rey y flor primera

Que á Egina y á su estirpe
Dió fama sempiterna,
Y en cuyo honor, los himnos
Ni aun en la tumba cesan.

Su pira circundaron
Las Vírgenes Pimpleas
Entonando elegías
De celestial cadencia.

Con tal ejemplo al hombre
Los Númenes enseñan,
Que cantar á los muertos
Es piadosa tarea.

Del carro de las Musas
No sin razón las ruedas,
Hoy del púgil Nicocles
Sobre la tumba vuelan.

Honradlo: que en el Istmo
Coronó su cabeza
El apio que germina
En las Dóricas glebas,

Después que á sus vecinos,
En menores palestras,
Venció mil ocasiones
Con indómita diestra.

De su robusto primo
No desdice, de veras,
Quien hoy en el *pancracio*
Venció, joven atleta.

A Cleandro coronas
De verde mirto teja
Alguno de vosotros
¡Oh jóvenes poetas!

Que ya luchó de Alcató
Con éxito en la arena,
Y en Epidauro obtuvo
Magníficas preseas.

¿De elogio quién más digno
Que el joven que su tierna
Edad no gasta en ocio
Oscuro, y vil pereza?

FIN DE LAS ODAS.

NOTAS.